

DIGNIDAD Y NOBLEZA DE LA ARQUITECTURA.  
ESTUDIOS SOBRE LOS AMBITOS HUMANOS

I

Inicio con este artículo una serie de análisis acerca del fenómeno humano del HABITAR que juzgo serán de máximo interés para los arquitectos, ya que la dignidad y nobleza de esta profesión pende de la importancia que encierra para el hombre su exigencia interna a establecerse en una MORADA. MORADA indica arraigo, establecimiento duradero en un lugar, que se convierte así en centro de perspectiva, eje en torno al cual gira el mundo ambiente. La morada se opone, en el lenguaje poético y certero de Saint-Exupéry, a la dispersión sin perspectiva del "desierto". La gran obra póstuma de este autor se titula CITADELLE, y el título de la traducción alemana reza: "La ciudad en el desierto." En la llanura sin estructuras del desierto abierto a todos los vientos, erizado de riesgos, la ciudad trae el amparo del orden, la concentración que proporciona el límite entendido como una forma potentísima de cobijo. Ante el caos de una cultura como la actual atravesada por mil y mil corrientes, desorientada hasta el desamparo, arrastrada por los vientos que llevan, como un perfume, "la semilla de los cedros", Saint-Exupéry exalta el valor de la ciudad como símbolo de lo robusto, lo arraigado, tierra buena en que "los cedros crecen para gloria de Dios". Por eso no duda en proclamar que "el hombre es un ser que habita". El hombre es, en su más profunda esencia, un constructor de ciudades.

Pero la célula viva de la ciudad es la morada individual del hombre que se acoge a ella, se delimita entre sus muros para ganar, justamente, la libertad perdida en la amplitud sin horizonte del "desierto".

El hombre actual tiende a sentir los límites como vallas que coartan el libre vuelo de la libertad. El movimiento existencialista dio forma intelectual a este sentimiento difuso. Pero he aquí que tras la pesadilla de dos conmociones bélicas mundiales despierta la secular sabiduría francesa y proclama haber descubierto una gran verdad, a saber: "que los hombres habitan, y que el sentido de las cosas cambia para ellos según el sentido de su casa". La casa crea un campo de fuerzas, y confiere con ello un sentido al entorno en que el hombre desarrolla su vida.

Hablar de CASA es suscitar ideas de orden, jerarquía, dominio, porque la morada es el centro geométrico del batallar humano, escuela primigenia que nos enseña a discernir las diferencias cualitativas entre las cosas de la vida. Por eso Saint-Exupéry recuerda con emoción cómo estaba ordenado el palacio de su padre, con su gran sala que sólo se abría al sol de los grandes días, y la sala en que se administraba justicia, y la habitación vacía, cuyo destino no era sino enseñar el sentido del secreto y transmitir el hondo mensaje de que jamás el hombre podrá conocer todas las cosas. Acaso un insensato—comenta el héroe de su obra—pudiera decir: "¡Cuánto espacio perdido! Demoled estos muros y el hombre será libre." Y el protagonista advierte que demoler muros es nivelar a los hombres, privarlos de la calificación que otorga la morada, despojarlos del aliento poético que posee un palacio donde reina el orden, un orden solemne y aparentemente superfluo.

Tan esencial es en la vida del ser humano el arraigo en una morada que Heidegger no duda en escribir que "ser hombre es habitar". Afirmación que se opone diametralmente a la doctrina de ciertos existencialistas que, bajo la dirección de Sartre, entienden la vida del hombre como una distensión puntual en un tiempo vacío. Frente a la idea del ser humano arrojado en la existencia temporal sin lastre alguno que le confiera sentido, Heidegger destaca la perennidad que va adscrita a la idea de MORADA como algo ab-

solutamente indispensable al ser del hombre (1). Si es cierto que el hombre logra el pleno despliegue de sus posibilidades a través de la creación de ámbitos, el hogar es el punto céntrico y primordial de éstos. No por azar nace el hombre en el seno de una familia, pues ésta, lejos de constituir un lugar de refugio y evasión—"my home, my castle"—cerrado al entorno, es la originaria y más eficaz escuela de vida auténticamente social. Más que un escondrijo, el hogar es trampolín de lanzamiento, eje radial de donde parten la multitud de relaciones que tejen el entramado de las vidas humanas. Con razón subraya Heidegger que el habitar, al mismo tiempo que el residir en un determinado lugar físico, implica una peculiar actitud interior del hombre.

El más bien pasivo HABITAR tiene a su base el activísimo CONSTRUIR, fundar ámbitos físicos que sirvan de vehículo flexible a los ámbitos espirituales, integralmente humanos, de interrelación y convivencia. Nunca con mayor insistencia y hondura que hoy se ha subrayado en Filosofía el carácter dinámico y creador del ser humano, que debe elaborar su propio destino. Pero se da la circunstancia felicísima de que este destino es, ante todo y sobre todo, una tarea de fundación de amistad, de creación de lazos, de establecimiento de interrelaciones. Y, dado que la amistad es para el hombre fuente de plenitud, se deduce la bienhadada conclusión de que en el habitar reside la paz. Desde los más remotos tiempos, la guerra significó siempre la ruptura de la unidad familiar y la dispersión, mientras la paz fue simbolizada certeramente por la estampa confiada de los familiares unidos bajo la tienda común.

Si ello es así, no resulta difícil medir el inmenso drama de los desplazados, de todos aquellos que de modo permanente o transéunte rompen amarras con el mundo confiado de su entorno. Testigos fidedignos dan testimonio de que en ciertos campos de concentración durante la última guerra mundial se tendía explícita y sistemáticamente a quebrar todos los vínculos que unían a los prisioneros con su entorno habitual, la tupida y fecundante red de interrelaciones sociales que habían tejido en torno a sus vidas y que amantaba su existencia de hombres afanosos de plenitud. El vacío abierto por esta ruptura se traducía en nostalgia, agrídulce sentimiento de ausencia que la esperanza del próximo retorno hacía en principio tolerable. Instintivamente, los prisioneros tendían a crear entre sí relaciones de camaradería con el fin de conferir a la vida presente, no obstante su extrema precariedad, cierto sentido humano. Una y otra vez fueron cortados en agraz violentamente tales intentos, procurando, con los medios más perversamente refinados, transmutar la connatural tensión hacia el amor y la convivencia amistosa en movimientos de retracción y abierta hostilidad hacia los compañeros de infortunio e incluso hacia sí mismos. La meta no era otra sino la destrucción de la personalidad de los prisioneros despertando sentimientos de desprecio respecto a la propia persona y a la de los demás.

Estos hombres tenían una barraca que les daba albergue y una cierta forma de unidad. Pero carecían de todo aquello que arraiga al hombre en su tierra y en su hogar. Por eso en los campos de exterminio no se HABITABA—término que indica una existencia arraigada en clima de amor—; se prolongaba la vida en una situación penúltima, a medio camino entre el seguro amparo perdido y un fin desconocido y hosco. Todos los ideales del prisionero se

(1) Su artículo "Bauen, Wohnen, Denken" (editado en la obra *Vorträge und Aufsätze* (Pfullingen, 1954) constituye el esbozo de una filosofía de la Arquitectura entendida como el *arte del habitar humano*. El arquitecto-humanista, espléndido ejemplo humano del que hay en España valiosas representaciones, tiene por tarea enseñar a los hombres el difícil arte y las fecundas y complejas implicaciones del habitar. No basta construir casas. Estas sirven al quehacer altamente humano del habitar que no se reduce a un mero residir banal.

condensaban en un deseo único: el retorno al hogar, visto como el lugar sagrado donde arde el fuego del amor, donde florece la libertad y se hace posible la creación de ámbitos de convivencia.

Mucho más acá de estas situaciones límite, los desplazamientos voluntarios y pasajeros que implica por ejemplo el veraneo dan origen a fenómenos psicológicos que revelan la importancia del arraigo. En cierta medida, todo cambio de ambiente implica un grado de desarraigo, un romper amarras y aflojar los lazos con el entorno habitual que ejercen sobre el hombre un fecundante influjo de cordón umbilical.

Dado el carácter activo de la familia, su tensión hacia la fundación de ámbitos envolventes cada vez más amplios, el hogar se convierte en el centro irradiante de una auténtica vida social. Habitar viene a significar, así, un modo muy fecundo de arraigo conseguido dinámicamente a través de la fundación de ámbitos de convivencia en torno al núcleo primario de la familia.

Estos ámbitos constituyen lo que suelen actualmente denominar los psicólogos un "espacio vivido" y los arquitectos un "espacio habitable". Un espacio físico creado por un arquitecto o un urbanista se torna habitable cuando puede ser RE-CREADO por quienes lo habitan. De ahí la importancia de no proyectar sólo mediante el cálculo racional, sin identificarse internamente con los futuros habitantes de los espacios proyectados. El arquitecto debe idear sus obras creándolas en nombre de aquellos que en su existencia cotidiana van a re-crearlas constantemente, pues bien sabemos que un espacio para ser VIVO debe nacer en cada instante en el espíritu de las gentes que lo frecuentan. Nada ilógico que los ámbitos—calles, patios, plazas, etc.—creados por el pueblo a su ritmo, a lo largo de años de existencia vivida con la intensidad contenida de las gentes sencillas ostenten una intensa belleza recatada que sobrecoge a los más preclaros arquitectos. Los ámbitos adquieren entonces un "clima", una atmósfera cálida que es fruto de la adecuación entre el espacio físico y la sensibilidad espiritual. Por muy bellas que sean, una casa, una plaza, una ciudad sólo adquieren clima de intimidad si a lo largo de los días se entrevera creadoramente la vida de quienes las habitan con el entorno hogareño y ciudadano. La intimidad es el calor que irradia el intercambio de la vinculación. Por eso la grandeza, la magnitud, suele provocar en los ambientes un cierto aire de frialdad, al menos cuando a la amplitud física no le da la debida réplica el dinamismo espiritual de los hombres que conviven. Ello explica por qué en determinadas circunstancias pierden las amplias catedrales su rigidez pétrea y gélida para cargarse de profunda emoción. Las catedrales no han sido construidas para la soledad de la contemplación, sino para el sobrecogimiento de la oración en común. Por eso no pueden ser rectamente comprendidas mediante una visita en solitario, pues, si la ocasión parece ser propicia para el análisis reposado de sus características arquitectónicas, falta sin embargo el presupuesto indispensable para captar su sentido como "templo comunitario": la presencia de la comunidad orante.

La tarea del arquitecto en cada momento de la historia es fundar los ámbitos que el hombre pueda de por sí re-crear en su vida cotidiana. Lo cual no implica una servil ADAPTACION al cliente, sino una sabia labor de PROMOCION del mismo hacia los modos de vida que el creador de ámbitos arquitectónicos juzga más eficaces para el despliegue de las posibilidades humanas. El arquitecto promocional que aspira siempre a metas más altas puede correr en ciertos momentos el riesgo siempre acechante de la incompreensión, pero, si realiza su obra prescindiendo de intereses personales de lucimiento, al servicio del pueblo, legará en todo caso una obra fecunda.

La frialdad y rigidez de los ámbitos procede en gran parte de la actitud retraída, cerrada y cómodamente pasiva de los habitantes. De ahí los ataques de Saint-Exupéry a los "sedentarios", los que se afirman en su hogar como en una ciudadela para adoptar ante el entorno actitudes de salvaguarda fría u hostil que garantice una presunta seguridad. Estos tales olvidan que el hogar debe ser fundado CADA DIA creando interrelaciones vivas, y se obstinan en POSEER obsesivamente en vez de CREAR. "Todo hogar está ame-

nazado", afirma Saint-Exupéry, amenazado por las potencias de dispersión—que tienden a reducir al hombre a mero individuo y agruparlo en unidades colectivistas—y por la tendencia del hombre a reducir las formas de unidad que son fruto de una CONQUISTA permanente—como es la familia—a modos de POSESION pasiva y rutinaria. Todo lo auténticamente humano debe ser ganado instante a instante creándolo con esfuerzo renovado. "El cedro se funda a sí mismo en cada momento. Así fundo yo mi hogar en cada instante para que dure" (Saint-Exupéry).

## LAS TIENDAS Y SU SIGNIFICADO HUMANO

Dentro de la línea metodológica marcada por lo antedicho, vamos a estudiar sucesivamente diversas formas de espacios humanos. Sea el primero el constituido por las TIENDAS.

Acuciado por una serie de necesidades perentorias, el hombre debe salir de su refugio hogareño en busca de múltiples elementos con que satisfacer aquéllas. Para cubrir su cuerpo y saciar el hambre, el primitivo abandona su cueva y recorre el bosque tras la presa. En su entorno más cercano encuentra lo necesario para calmar sus exigencias primarias. Al crecer las exigencias del hombre a través de los siglos y resultar insuficientes los recursos naturales del entorno, cobró importancia el comercio, el trasiego de mercancías de lugar a lugar, de nación a nación, de continente a continente. Así surgieron las amplias rutas comerciales, y el mercader constituyó un tipo humano característico de un nuevo modo de vida. Los comerciantes fundaron una nueva forma de ciudad que ostenta como rostro la faz multicolor de las tiendas. Las tiendas, sencillas o lujosas, pequeñas o amplias, son la meta de larguísimas rutas erizadas de riesgos, ventanas abiertas a mundos diversos y exóticos, punto de contacto con las civilizaciones más heterogéneas, encrucijada de mundos y lugar privilegiado de encuentro de todos los hombres. En el ámbito acotado de las tiendas, desde los modestos "ultramarinos" hasta las refinadas joyerías con los diamantes provenientes del mundo de color, mil espejos reflejan horizontes infinitos.

Ir de tiendas constituye una bellísima excursión llena de sorpresas para el hombre de hoy, sediento como tal vez nunca de nuevas aventuras viajeras por paisajes inéditos. El germano Goethe, cuya vida fue partida en dos por su viaje a Italia, el país de la belleza clásica, de los frutos mediterráneos, de la alegría sensorial y fresca, tuvo por siempre grabada en su mente la imagen colorista del limonero cargado de fruto en huertos llenos de perfume. Cuántas veces, al pasar por las callejas de una vieja ciudad gótica alemana ante una frutería bien abastecida, hube de pensar en el verso eterno: "Kennst du das Land wo die Citronen blühen?" ("¿Conoces tú el país donde florece el limonero?")

Las tiendas aligeran la pesadez de las calles ciudadanas al darles profundidad y honda perspectiva, confirmando una dimensión rigurosa de universalidad a las casas de vecindad plegadas hoscamente sobre su secreto individual. En efecto, las tiendas constituyen el lugar nato de encuentro de las distintas civilizaciones, y son fuente de sano cosmopolitismo, cruce de pueblos, encrucijada constante y viva de razas y gentes. A través de sus tiendas, cada nación, cada pueblo da acogida en el seno de su sociedad a todos los pueblos que tengan algo que ofrecer. Esta acogida se realiza conforme a unos cánones de orden y jerarquía. Por eso las tiendas adaptan su porte a las exigencias del entorno social en que están enclavadas. La tienda es cosmoplita, pero jerárquica. Se adapta al medio con muy alta fidelidad, ya que su origen es la relación entre los pueblos, y el sentido de su existencia consiste en mantener las puertas abiertas al ir y venir de las gentes.

Nada ilógico, según lo que antecede, que las tiendas sean una llamada a las gentes al encuentro mutuo, al diálogo y al intercambio. En toda tienda, por recoleta y refinada que sea, late, como un perfume perenne, la gracia multicolor, sanota y campesina del zoco popular. El recinto cerrado de la tienda tiene intimidad de hogar y horizonte de plaza abierta, clima de rincón acogedor y aire de campo. Ir de tiendas es para el hombre de ciudad una experiencia llena de sugestión, una evasión a mundos inéditos.